

La historia de una época

Por Karla Mayahuel Castillo Hernández

Christiane F. (1981).
Dirección: Uli Edel

El director Uli Edel cuenta una cruenta historia de drogadicción empapándonos del ambiente de la Berlín de los setenta. Las luces neón envuelven las escenas, la visión se vuelve nubosa a ratos, el metro es el escenario principal en donde Christine y su grupo de amigos conjuntan historias. Niños que se entregan al dulce ardor de la droga entrando en sus venas; niños extasiados con el pinchazo de sus brazos, de sus dedos, de cualquier parte del cuerpo donde el dulce aturdimiento tenga entrada; niños cuya vida está regida por una lucha constante y sanguinaria por conseguir más heroína. Todo ocurre Hoy, porque quizá decir Mañana sea un exceso.



I. Berlín, Alemania Occidental. Mil novecientos setenta. David Bowie

Christiane, una chica que se encuentra por cumplir los catorce años, va camino al club nocturno Sound en compañía de su amiga Kessi, la cual, a pesar de tener la misma edad que

Christiane, ha frecuentado ya con anterioridad el club. Ambas niñas mienten en su edad, vestidas con tacones de sus madres, ingresan al lugar que marcará el destino de Christiane. Música. Colores. Erotismo. Alcohol. Drogas, muchas drogas. Christiane ha renunciado a la infancia y desde ahora no dejará de caer en una inmensa espiral de excesos a la cual se aferrará hasta llegar a un funesto coqueteo con la muerte.

Lo cotidiano en esta realidad a la que ha ingresado Christiane son las pupilas abismales y las expresiones perdidas. Los chicos desfilan en una vorágine de estupor que, combinado con la música y sus trastabilleos, crean un extraño ambiente de melancolía en el espectador. Esta realidad está marcada por el *horror vacui*, una férrea aversión al vacío. Esta realidad se presenta contemporáneamente barroca. Toda historia tiene un inicio y la historia de Christine no comienza con su inmersión en la realidad de Sound. Los datos advierten que la drogadicción es propensa a nacer en un entorno de hostilidad, de violencia, de carencia de arraigo familiar. La necesidad de crear comunidad arrastra desde tempranas edades a los chicos a clubes donde encuentran comprensión y cuidados de otros que, al igual que ellos, carecen de esta ternura hogareña. Escuetamente, Uli Edel nos presenta la historia familiar de nuestra protagonista: padres recientemente divorciados, una hermana que en las primeras escenas decide vivir con su padre y dejar a Christine sola con el gato de ambas, una madre que tiene una nueva relación que nubla lo que hay alrededor, incluyendo a su hija. Sólo queda una trinchera desde la cual luchar por su supervivencia, la música de David Bowie.

Imagen 1. Fotograma de la película.



Fuente. FILMAFFINITY.COM.

II. Rebel, Rebel

Sound representa para Christien su iniciación en un club de chicos que terminarán por ser su familia. En su primera noche ahí pasa de ser una niña tímida que toma jugo de arándanos a consumir una pastilla de éxtasis que la lleva a la alucinación de una profecía: un chico de piel color muerte que yace tirado en un cubículo del baño, aún con la jeringuilla clavada en el brazo. Presa del pánico, corre fuera del club y su nuevo amigo, Detlev, quien le reprende haber ingerido el MDMA, va tras ella, ofreciéndole un pañuelo para limpiarse el rostro después de vomitar. Cuando parece que Christine ha repuesto un poco la cordura, ve pasar a su lado al mismo chico del baño... Combinando velocidades en las escenas, el director logra crear un ambiente rítmico acorde a la exigencia de la historia que cuenta. La drogadicción se mueve entre subidas y bajadas, los días pasan lentos, pero el *hype* que provoca la experiencia de la droga alterando el sistema es instantáneo, intenso. La ansiedad aumenta con cada dosis. Christine fortalece sus nuevas amistades, aumenta su compañerismo y, adentrándose en su mundo, lo hace suyo también. Su pequeño grupo intenta disuadirla de consumir drogas como un gesto de cuidado, sin embargo, ella se aferra a culminar su iniciación. Ahora es una *yonki* más. Ahora es parte de una familia.

A la par que desarrolla su adicción y dependencia, se enamora de la misma manera enfermiza de Detlev; juntos construyen una relación que gira alrededor del consumo de heroína y la lucha constante por conseguir más y más y más. Detlev le confiesa que logra comprar la droga que necesitan gracias a que se prostituye: es un chulo. Inicialmente no parece importarle mucho a Christine, quien, asumiendo su papel de novia, le lleva bocadillos y algo de dinero extra al trabajo; sin embargo, la obsesión y los celos aumentan, por lo que cada vez aumentará la exigencia de ella hacia él de dejar la prostitución, lo cual crea tensión en su relación. Por otro lado, en sus momentos de ternura, se reconoce en ellos un sentido de protección que les hace constantemente hablar sobre desintoxicarse, superar la adicción juntos. Conforme la trama de la película se desarrolla, el abuso de las drogas va causando estragos en los personajes. Su locura causada por la abstinencia es desbocada, buscan dinero de las maneras más diversas, incluyendo el robo y la prostitución, que es ya cotidiano en su círculo. Los chicos se ocultan del

mundo de los adultos en los túneles del subterráneo, invisibles para los demás pasajeros; se amontonan en grupos mugrientos de figuras difusas donde uno son todos. Cuando alguno está bajo la ansiedad de la abstinencia, el compañerismo se olvida.

III. This is our last dance

La parte final de la película es errática y acelerada. Christine ya no es una niña, es una *yonki* consumada que se ha quedado inconsciente en el baño de su casa y Detlev, por su parte, se ha consolidado en el negocio teniendo su cliente de cabecera. La madre y el padrastro de Christine por fin se dan cuenta del problema de la chica, por lo que la encierran en una habitación para desintoxicarla de tajo; Detlev se le une y parece que la pareja ha logrado superar por fin la adicción. Tan pronto como pueden comparten la buena nueva a sus amigos, eternos buscadores de toxinas, quienes los felicitan y prometen hacer lo mismo tarde o temprano... La lucidez no dura mucho, ya que en cuanto su grupo de amigos se refugia en los baños de la estación para saciar su apetito de heroína, ellos les siguen y vuelven a inyectarse la dulce acidez de la droga por las venas. La espiral continúa y poco a poco algunos chicos dejan de tomar su lugar habitual en los pasillos del subterráneo; su destino se ha cumplido, han muerto. Trece, diecisiete, las edades son similares al igual que similares fueron sus historias.

La historia que Uli Edel desarrolla nos transporta a un escenario frío y solitario, dejándonos una extraña sensación de nostalgia combinada con vacío, como si el espectador y los protagonistas crearan una secreta conexión. Se logra la empatía con el desfile de chicos somnolientos y distantes que desfilan a lo largo del desarrollo de la trama; a la vez, la impotencia y el 'yo hubiera' también hacen su aparición. La película es desoladora a la vez que cautivante, una extraordinaria obra de la cultura pop de los ochenta y, sin duda, un antecedente de producciones de culto posteriores como *Trainspotting* o *Requiem for a dream*.

*Esta obra está publicada bajo una licencia Creative Commons 4.0 Internacional [Reconocimiento-Atribución-NoComercial-Compartir-Igual]  <http://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>